

La roca en el camino

Versión de Eesha Sardesai

La reina Amanitore caminaba por la calzada, la cabeza en alto, su túnica ondeando tras ella. A la distancia estaban las altas y delgadas pirámides de su pueblo, los nubios, y antes de esas pirámides estaba el río Nilo, que circundaba su reino de arena y oro, como una promesa de vida en el desierto.

En su camino, la reina se encontró con muchos de sus súbditos: mercaderes y artesanos, granjeros y otros campesinos. Los saludaba con la mano o con una leve sonrisa, sin decir más nada. Amanitore era una dirigente de aguda perspicacia y gran compasión; en sus caminatas escuchaba y observaba tomando nota de lo que hacían sus súbditos, y de cómo ella podía apoyarlos de la mejor manera.

En un momento dado, la reina llegó a un bullicioso mercado. Había dos mercaderes parados en la entrada del mercado, y parecían estar discutiendo.

—Ese era *mi* cliente, lo robaste —decía uno de ellos con voz constreñida de rabia. —¡Esa dama quería comprar *mi* joyería!

—¡Ja! —dijo el otro mercader. —¿Cómo podía ella querer *tu* joyería cuando compró la *mía*?

Su discusión iba en aumento y pronto ya estaban vociferando, apuntándose el rostro uno al otro con el dedo. La mirada de la reina se posó sobre ellos por unos momentos antes de continuar su camino.

A continuación encontró a un par de granjeros. Ellos también discutían.

—¿Cómo te atreves a venir a vender *tu* grano cerca de *mi* puesto? —decía uno de los granjeros.

—¿De qué hablas? —exclamó el otro granjero. —Yo llegué primero. *Tú* debes moverte.

Al escucharlos reñir, la reina pensó: “algo no está bien aquí”.

Al día siguiente, en el palacio, llamó a sus asistentes.

—Quiero que encuentren la roca más grande del reino, les dijo, y que la coloquen en la parte más concurrida del camino por el que pasé ayer.

Los asistentes asintieron y se pusieron en marcha de inmediato. Regresaron al caer la noche.

—Su alteza, dijeron, ya está hecho. Hemos colocado la roca a mitad del camino.

—Muy bien —dijo la reina. —Mañana por la mañana me llevarán al lugar.

Así, a la mañana siguiente la llevaron a un trecho del camino justo antes del mercado. Toda persona que quería comprar o vender sus productos en el mercado tenía que pasar por esa área. Excepto que ahora, por supuesto, había una roca que bloqueaba su camino: un enorme montículo de piedra café-rosada.

—Excelente —dijo la reina Amanitore cuando vio la roca. —Vengan, vamos a escondernos detrás de esos árboles, y observemos qué ocurre.

Cuando tomaron su lugar detrás de los árboles, escucharon un ruido que venía del camino. Era un hombre conduciendo una carreta de bueyes, e iba directo hacia la roca.

—¡Ay, caramba! ¡Caramba! ¡Alto! —exclamó el hombre, jalando las riendas de los bueyes. Los bueyes tropezaron al detenerse, catapultando al hombre a su lomo.

—¿Quééé? —dijo mientras salía del enredo de bueyes. Dio unos pasos titubeantes hacia la roca. —¿Cómo llegó esto aquí?

Caminó hacia un lado de la roca y luego hacia el otro, tratando de hallarle el sentido a esta aparición inesperada. Finalmente, se encogió de hombros, subió de nuevo a su carreta y guio a los bueyes alrededor de la roca.

Desde atrás de los árboles, la reina sacudió la cabeza muy ligeramente.

Pasaron un par de minutos. Entonces llegó el sonido de pisadas, pesadas y lentas. Un par de artesanos venían por el camino, y entre ambos portaban un gran costal lleno con sus mercancías.

—¡Oh nooo! —dijo uno de ellos al tiempo que se aproximaban a la roca. Jadeaba debido al peso del costal. —¡Oh, esa roca está en nuestro camino!

—Ya lo sé, ¡no lo puedo creer! —dijo su compañero. —Hemos llegado hasta aquí cargando mucho, y justo cuando pensamos que ya habíamos llegado al mercado, ¡sucede *esto!*

Los hombres continuaron quejándose y gimoteando así durante un rato. Al final, suspiraron, tomaron el costal con más fuerza, y rodearon la roca.

La reina nuevamente sacudió la cabeza.

Poco tiempo después, llegó el siguiente grupo de personas. Era un trío de nobles cortesanos a quienes la reina conocía muy bien. Eran hombres letrados y respetados en todo el reino debido a su entendimiento de la ética y de otras filosofías afines.

Estaban enfrascados en la conversación, debatiendo sobre algún tema moral o de otro tipo, cuando uno de ellos casualmente levantó la mirada y vio la roca. Se detuvo en seco, colocando su brazo frente a los otros.

— ¡Miren! ¡Miren eso! — dijo. — Una roca. Justo en medio del camino. ¿Quién haría algo así?

Sus compañeros miraron la roca con igual sorpresa.

— Quizá uno de los canteros — finalmente dijo uno de ellos, con el entrecejo fruncido. — Siempre tan desordenados en su trabajo.

— ¡Esos canteros! — dijo el tercer hombre, agitando su dedo en el aire. Ahora que hablaban de los canteros, era bastante fácil enfrascarse en una discusión sobre ese tema.

— Yo sabía que tenían el hábito de dejar sus herramientas por ahí sin preocuparse de quién las iría a encontrar — continuó el hombre. — Pero, ¿esto? ¿Dejar una *roca* en el camino? Y además tan grande. ¡Qué absurdo! ¡Qué terrible! ¡Es inadmisibile! ¡Es reprobable!

A medida que tomaban voz sus insultos y se volvían más complicados, los otros dos asintieron vigorosamente. — *Sí, sí* — pensaron. — ¡*Qué espantoso. Qué majadería de esos canteros!*

Continuaron maldiciendo a los canteros mientras rodeaban la roca.

Detrás de los árboles, uno de los asistentes de la reina se dirigió a ella. — Su alteza — dijo — si me permite preguntar: ¿Qué estamos observando? ¿Qué espera que ocurra?

— Solo espera — dijo la reina tranquilamente. — Ya verás.

No bien acababa de decir esto cuando un hombre, un granjero humilde, apareció por el camino. Llevaba una mochila al hombro.

Se detuvo al acercarse a la roca.

—Esta roca está obstruyendo el sendero al mercado —murmuró. —Será problemático para la gente tener que rodearla.

Así que puso en el piso su mochila, caminó hacia la roca, y con los pies plantados firmemente en el piso, empezó a empujar.

Rrrrrrrrrr. La roca no se movió.

Rrrrrrrrrr. Nada.

Rrrrrrrrrr. Ahora podía sentir un ligero movimiento, un desprendimiento de la roca y la tierra debajo de ella. Miró hacia abajo y vio que la roca se había movido un poquitito.

Rrrrrrrrrr. Era un trabajo duro, pero ahora que la roca se había movido, se hacía más fácil empujarla, poco a poco.

Mientras seguía intentando, más personas llegaron por el camino. Se detuvieron al verlo; no lo ayudaban pero se asombraban de él: este pequeño y delgado hombre dando hasta lo último de su fuerza para empujar la roca.

Y entonces, uno de los mirones se acercó. Él también plantó sus pies en el suelo. Él también colocó las manos en la superficie áspera de la roca, y empezó a empujar. Después vino otra persona, y otra, y otra, hasta que toda una multitud se había reunido frente a la roca. Todos pusieron las manos sobre la roca y, al mismo tiempo, empujaron.

Y mientras lo hacían, cada uno empezó a sentir que algo se abría en su corazón. Podían sentir que algo se suavizaba. Inspirados por la generosidad de espíritu del granjero, también experimentaron la bondad que surge al ayudar a otros. Inspirados por la tenacidad del granjero, por su determinación de continuar hasta completar la tarea, ellos también redoblaron sus esfuerzos. Una y otra vez empujaron, sintiendo que una escalada de energía los recorría, los rodeaba y

surgía de su interior. La roca, que antes había parecido enorme, se deslizaba fácilmente por el suelo. Pronto, estuvo fuera del camino.

El grupo que se había unido al granjero se apiñó a su alrededor. Le palmearon la espalda y lo abrazaron de corazón. Luego, con el sol brillando sobre ellos, caminaron juntos hacia el mercado.

La reina salió de detrás de los árboles. Sonreía.

—Es un hermoso día, ¿verdad? —dijo a sus asistentes. —Perfecto para una caminata.

